

y muñecos con qué jugar el día de Navidad y vestidos para estrenar tras de la banda en el paseo de los disfraces.

Lo que es este año, merced a la ventolera esa, no se quedó mamón pedigüeño que no tuviera su juguete, ni tienda que no aprovechara hasta el último de los suyos vendidos a buen precio. Dios da para todos y es fama que cuando llueve todos nos mojamos.

Todos no, desde luego. Que en esas marimorenas de filantropía que ahora se estilan, cuántos futuros caracteres, —de esos que tanto hemos menester, — incapaces desde pequeñines de correr a pescar en los repartos públicos en que la caridad moderna humilla los dolores de la necesidad, pasaron su Navidad como siempre, sin un triste muñeco, como lo pasamos todos los de la generación del olote, que tan brillantes ejemplares de hombres ha legado.

Para esos desventurados pequeñines cuyos padres representan todavía la última guerrilla de la deshecha delicadeza nacional, no hubo ni siquiera el caballo de escoba a que sacara plumas don Máximo cuando aun no soñaba con sacárselas algún día al potro *de deveras* de la Presidencia, ni la yunta con que *argullara* de pequeño el más austero de nuestros gobernantes.

Por ello no sé si dar la razón a quien me objetaba con un escepticismo corrosivo que maltrató en mi pensamiento la candorosidad de una ilusión.

«Aplauda usted esos desplantes, en algunos, sinceros, pero en otros, hijos del cálculo exhibicionista que ahora sopla sobre todas las cosas. Todos esos repartos ostensibles acabarán por de-

primir aun más la dignidad costarricense, habituando a los hombres desde niños a extender los brazos en súplica antes de que hayan aprendido a sepultarlos con esfuerzo en el jadeante seno del barbecho. Ya se ha visto la plaga de mendigos de todas las edades y sexos que nos ha caído del terremoto de Cartago para acá. La protección a los niños debe manifestarse en otra forma menos ostentosa y cursi y más eficaz desde luego. Los higienistas y los sociólogos podrían indicarla; y ella sería de tal naturaleza, que no degradaría en manera alguna el carácter de los beneficiados inconscientes, ni podría servir para levantar vistosos pedestales a tantas filantropías baratas!»

Vaya con los espíritus meticulosos y analíticos que hilan más delgado que como deshila mi lavandera las prendas de mi ajuar. Después de semejante sermón, cualquiera se entusiasma con ciertas cosas!

Vale que en saliendo uno a la calle, la imaginación se despabila con esa peste de automóviles que le pitan a uno por detrás cuando ya han pasado como una exhalación.

Automóviles que afectan todas las formas de animales y dan todos los sonidos de las selvas: desde el oso blanco de Mister Bliss, hasta el alcarabán escandaloso de Collado; desde el orangután de don Teodosio, hasta el lechoncillo gruñón de Lico; y desde el elefante negro del Gobierno, hasta la araña pica-caballo de don M. Dengo.

Sin estas ambulantes distracciones, acabaríamos por aplastarnos la rueda sin entrañas de la filosofía.

d. l. z.

PARA HACER REFLEXIONAR

La Sociedad, establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarle. Mas, que tomando este deber por pretexto, no venga nunca la sociedad y diga: «Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo», porque me creeré enton-

ces con la facultad de contestarle: «¿Quién eres tú, para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas, y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.»

FRANCISCO PI Y MARGALL